

Nací a las cuatro de la mañana el 9 de enero de 1908, en un cuarto con muebles barnizados de blanco que daba al boulevard Raspail. En las fotos de familia tomadas el verano siguiente se ven unas señoras jóvenes con vestidos largos, con sombreros empenachados de plumas de avestruz, señores con sombreros de paja y panamás que le sonríen a un bebé: son mis padres, mi abuelo, tíos, tías y soy yo. Mi padre tenía treinta años, mi madre veintiuno, y yo era la primogénita. Vuelvo una página del álbum; mamá tiene entre sus brazos un bebé que no soy yo; llevo una falda tableada, una boina, tango dos años y medio y mi hermana acaba de nacer. Sentí celos, según parece, pero durante poco tiempo. Por muy lejos que vaya en mis recuerdos, me sentía orgullosa de ser la mayor: la primera. Disfrazada de Caperucita Roja, llevando en mi cesta una torta y un tarro de manteca me sentía más interesante que un lactante preso en su cuna. Tenía una hermanita: pero este angelote no me tenía a mí.

De mis primeros años sólo encuentro una impresión confusa: algo rojo y negro y cálido. El apartamento era rojo, rojo el alfombrado, el comedor estilo Enrique II, la seda estampada que tapaba las puertas de cristal y en el escritorio de papá las cortinas de terciopelo; los muebles de ese antro sagrado eran de peral ennegrecido; yo me acurrucaba en el nicho que se abría bajo el escritorio y me enroscaba en las tinieblas; estaba todo oscuro, hacía calor y el rojo de la moqueta gritaba dentro de mis ojos. Así pasó toda mi primera infancia. Yo miraba, palpaba, aprendía el mundo, a cubierto.

Le debía a Louise la seguridad cotidiana. Ella me vestía por la mañana, me desvestía de noche y dormía en el mismo cuarto que yo. Joven, sin belleza, sin misterio, puesto que sólo existía —al menos yo lo creía— para velar sobre mi hermana y sobre mí, nunca elevaba la voz, nunca me repre-